

**MEDITACIÓN ANTE EL
SANTISIMO CRISTO DE LA CARIDAD**

Mariano Pérez de Ayala Conradi
Sevilla, 5 abril 2014

Decía Santa Teresa que **orar es tratar de amistad, estando a solas con quien sabemos que nos ama.** Y eso es lo que yo os propongo en esta tarde; aquí en esta Iglesia, ante esta imagen del Santísimo Cristo de la Caridad: un diálogo de amor con quien sabemos nos ama.

Cada uno de los que estamos aquí hemos llegado desde diferentes sitios y lugares: unos venimos de casa; otros a lo mejor de nuestros trabajos; otros de un día de ocio y descanso.

Y venimos con nuestra vida a cuestas: con nuestras preocupaciones, nuestras alegrías, nuestros deseos más profundos. Con nuestros momentos vitales muy distintos; algunos vivimos en nuestra vida una etapa de alegría y felicidad; otros a lo mejor vivimos momentos de zozobra y angustia.

Cada uno de los que estamos en esta iglesia estamos aquí con lo que nos inquieta y con lo que nos produce paz. Con nuestras seguridades y con nuestras incertidumbres; con nuestra fe, pero también con nuestras dudas. Como realmente somos y también quizás, como nos gustaría ser.

Y con todo eso nos ponemos ante esta imagen del Señor que nos preside, ante este Cristo de la Caridad que está aquí cerca de nosotros, no en el altar en que normalmente es venerado, ni tampoco en su paso donde próximamente pasará por las calles de Sevilla para recibir la veneración y oración del pueblo, sino aquí abajo, a ras de suelo, cercano a nosotros, a nuestra misma altura, como al mismo Jesús le gustaba: entre la gente, con nosotros ... Ese

fue el nombre con el que lo anunciaron los ángeles: **Enmanuel DIOS CON NOSOTROS.**

Quiero que esta tarde podamos tener un diálogo personal con el Señor. Que mis palabras sean una invitación a entrar en conversación con El que está aquí en medio de nosotros. Un diálogo en el que mis palabras puedan ser una ayuda, no un estorbo; una invitación, nunca un discurso hueco.

Donde haya palabras que resuenen en nuestro interior, pero también silencio. El silencio profundo de nuestro corazón es lugar privilegiado para escuchar a Dios. En un mundo que privilegia el ruido y las voces, cuando el griterío se impone sobre la escucha silenciosa y respetuosa del otro, yo os animo a un momento de calma y silencio. Y no solo ahora. Que en nuestra vida existan momentos para el silencio: en la soledad de nuestro cuarto o ante el sagrario de una iglesia a solas ante el Señor o en la quietud de un paseo callado contemplando la naturaleza.

En este diálogo orante nos va a servir de guía otro maestro del espíritu: Ignacio de Loyola. Sus enseñanzas han sido un estímulo a lo largo de la historia en muchos hombres y mujeres para ponerse a la escucha del Señor y cumplir su voluntad. La espiritualidad de San Ignacio nos ha ayudado a muchos a acercarnos y descubrir ese Dios siempre mayor que se manifiesta en la vida y la historia de todo ser humano. Un Dios que nos llama a descubrirlo en los acontecimientos de nuestra vida.

Os propongo tres momentos de meditación en torno a tres acontecimientos de la vida de Jesús: dos de ellos son

inmediatamente anteriores a su subida a Jerusalén donde va a ser juzgado y crucificado. El tercero ocurre ya al final, en el Calvario, justo antes de su muerte en cruz.

Y lo haremos siguiendo el método que Ignacio nos propone en sus Ejercicios Espirituales para acercarnos a contemplar los misterios de la vida del Señor:

- **Contemplar** la escena haciéndonos presente a la misma, como si estuviésemos allí, siendo uno de los que participan. Dirá San Ignacio "como si presente me hallase". Es decir una presencia viva ante una escena real.
- Pero no solo contemplar sino, como indica el propio Ignacio, "**reflectir** para sacar algún provecho", es decir, dejar que lo que contemplamos interpele nuestra vida, nos vaya transformando interiormente. Dejar que nuestro corazón se empape por el misterio que contemplamos.
- Y finalizar con un **coloquio**, como dirá el Santo, "igual que un amigo habla con otro amigo". No solo contemplar o meditar, también deberíamos poder dialogar, "coloquiar" con el Señor, ante esta imagen del Cristo de la Caridad.

“¿QUE QUIERES QUE HAGA POR TI? SEÑOR QUE VEA.”

El evangelista Lucas, inmediatamente antes de la triunfal entrada de Jesús en Jerusalén donde van a ocurrir los acontecimientos de su pasión y muerte, nos narra dos hechos: uno ocurre cuando Jesús se acerca a Jericó; el otro cuando atraviesa esa ciudad.

Dice el evangelista que cuando se acercaba a Jericó había un ciego sentado al borde del camino pidiendo limosna. Al oír que pasaba Jesús Nazareno comenzó a gritar: Hijo de David ten compasión de mí.

Los que lo acompañaban le regañaban para que se callara, pero él gritaba más fuerte: Hijo de David ten compasión de mí.

Jesús se paró y dijo: Llamadlo. Llamaron al ciego diciéndole: Animo, levántate que te llama.

Soltó el manto, dio un salto y se acercó a Jesús. Le preguntó: ¿Qué quieres que haga por ti? Él le dijo: Señor que pueda ver.

Jesús le dijo: Anda tu fe te ha curado. Y al momento recobró la vista y lo seguía por el camino.

No es difícil reconocernos en la figura de este ciego Bartimeo. Vivimos como ciegos, sin luz para ver la realidad, lo que acontece a nuestro alrededor. He aquí uno de los pecados de nuestro tiempo, uno de los males que nos aquejan socialmente y desgraciadamente también muchas veces en nuestra Iglesia: la ceguera, o lo que es peor, no ver la realidad en su totalidad y en toda su crudeza, sino parcialmente y como nos gustaría que fuese.

5

O estamos ciegos o nos hemos puesto unas gafas a nuestra medida, para que así la realidad ni nos interpele ni nos afecte.

El caso es que unas veces por ceguera total y otras por las deformaciones con que nos acercamos a la realidad, somos incapaces de ver lo que ocurre a nuestro alrededor; incapaces para ver el sufrimiento en el hermano; en aquel que nos mira y reclama nuestra ayuda; en el que está cerca y es nuestro vecino o compañero de trabajo, pero también en el que está lejos o en el que vino de lejos y tiene otra piel, otras costumbres y reza a otro Dios y al que ni miramos o miramos con indiferencia o desdén cuando se cruza con nosotros en nuestra calles.

¡Señor de la Caridad cuantas cegueras alimentamos en nuestra vida!

Señor, la ceguera nos incapacita también para ver la belleza de la vida; los incontables regalos que Tú nos haces cada día; las muchísimas gracias con que nos has ido cuidando; las cosas sencillas que nos hacen felices...

Señor, estamos ciegos para ver el sufrimiento en los otros y ciegos para reconocer la bondad y la misericordia con que diariamente nos sales al encuentro y nos regalas la vida y el amor en los que nos rodean.

Bartimeo está ciego. Pero también nos dice el evangelio que estaba sentado. Es un hombre que está quieto, paralizado; no anda, ni se mueve. Es incapaz de caminar y de caminar tras Jesús. Hay muchísimos momentos en la vida en que se hace duro caminar, en que se hace duro continuar las tareas emprendidas y que es mejor pararnos, instalarnos en el conformismo, tirar la toalla, total para qué... y nos instalamos en aquello que nos da seguridad y cerramos los ojos a cualquier ideal que nos exija sacrificio y generosidad. ¿Cuántos de nosotros no nos hemos instalado en la mediocridad, renunciando a las aspiraciones más nobles y generosas que un día, tal vez, se habían despertado en nuestro corazón?

Esta tarde ante ti Cristo de la Caridad como Bartimeo aquella mañana en la entrada de Jericó queremos gritarte: HIJO DE DAVID TEN COMPASIÓN DE MI.

Bartimeo ciego y sentado al borde del camino, no dejó pasar la ocasión. Siente que por su vida está pasando algo extraordinario. Está pasando Jesús y no desaprovecha el momento. El, como tantos hombres y mujeres a lo largo de la historia, como nosotros también

alguna vez, sintió aquella mañana que su vida podía ser diferente, que su vida podía cambiar, que no debía resignarse a ser siempre un ciego que dejase pasar la vida al borde de un camino. Sintió que había una posibilidad y gritó, gritó desde lo hondo de su corazón, gritó a Aquel que podía escucharle, le gritó a Aquel que nunca deja de oír las súplicas de los necesitados, Aquel que siempre escucha la petición sincera de los que se le acercan. Aquel que siempre escucha los gritos de los desesperados de la historia, también nuestro grito, nuestra súplica humilde en esta tarde ante esta imagen devota del Cristo de la Caridad:

“Hijo de David ten compasión de mí”

Y el Señor como aquella mañana de Jericó, como ocurrió a lo largo de su vida en las ciudades y pueblos de Palestina, como ha ocurrido a lo largo de la historia siempre que alguien con fe se ha acercado a Él, como sigue ocurriendo ahora, El nos pregunta esta tarde **¿QUE QUIERES QUE HAGA POR TI?**

Dejemos en este momento que en el silencio de nuestro corazón respondamos a esta pregunta que el mismo Señor nos hace: ¿necesitamos que el Señor haga algo en nuestra vida, necesitamos que nos cure de nuestras cegueras, indiferencias, pasividades y silencios? Pues si es así, pidámosle con fe: **SEÑOR QUE VEA.**

LIBRA MIS OJOS DE LA MUERTE
DALES LA LUZ QUE ES SU DESTINO
YO, COMO EL CIEGO DEL CAMINO
PIDO UN MILAGRO PARA VERTE

HAZ DE ESTA PIEDRA DE MIS MANOS
UNA HERRAMIENTA CONSTRUCTIVA
CURA SU FIEBRE POSESIVA
Y ÁBRELA AL BIEN DE MIS HERMANOS

QUE YO COMPRENDA, SEÑOR MÍO
AL QUE SE QUEJA Y RETROCEDE
QUE EL CORAZÓN NO SE ME QUEDE
DESENTENDIDAMENTE FRÍO

GUARDA MI FE DEL ENEMIGO
¡TANTOS ME DICEN QUE ESTÁS MUERTO!
TÚ QUE CONOCES EL DESIERTO
DAME TU MANO Y VEN CONMIGO.

“BAJA, QUE HOY QUIERO HOSPEDARME EN TU CASA”

Jesús continúa atravesando aquel pueblo de Jericó y cuando lo cruza tiene un segundo encuentro. Este es con un personaje muy distinto al ciego Bartimeo. Se va a encontrar con Zaqueo.

El personaje lo describe el Evangelio con dos rasgos. Bueno mejor con tres: era jefe de publicanos y rico. Y además bajo de estatura.

Quien se va a encontrar con el Maestro es jefe de publicanos y rico. Es decir un corrupto y un explotador. Las mayores tiranías y opresiones de la historia se han construido sobre el sueño enloquecido de unos pocos y el silencio cómplice o la colaboración indiferente de muchos. Siempre es así, los tiranos necesitan de hombres y mujeres “normales” que unas veces por ambición, otras veces por dinero, otras por situarse por encima de los otros y la mayoría de las veces por cobardía o callan ante las injusticias o se prestan a colaborar con la tiranía.

Zaqueo es un hombre de estos. Por ambición, y en su caso por dinero, ha traicionado a su pueblo y se ha convertido en un colaborador del poder despótico de la gran potencia de su época: el Imperio Romano. Sabe que lo que hace no está bien, que vive de extorsionar con impuestos injustos a los pobres, sabe que cuanto más cobra, cuanto más le aprieta a la gente, más dinero gana él. Y lo hace con entusiasmo, por eso medrando, siendo más implacable que los demás, más servil que sus compañeros, por eso ha llegado a

jefe. Y por supuesto se ha hecho rico. Le puede su ambición y su avaricia.

Se dice en su interior: "Si no lo hago yo, habrá otro que lo haga. El mundo es así".

A cambio, siente cada día el desprecio de los suyos... Algunos lo insultan por la calle... Por supuesto ningún judío fiel quiere ni entrar en su casa, ni tener trato con él. Es un pecador. Para su pueblo "no es un hijo de Abraham".

Cuantos hombres y mujeres así han existido en la historia y siguen existiendo. Ninguno de nosotros seremos probablemente como Zaqueo, pero hay en nosotros mucho silencio cómplice ante el sufrimiento y las injusticias que día a día ocurren en nuestro mundo, hay mucho mirar para otro lado, hay algo de cobardía cuando callamos ante lo que no está bien, por miedo a que nos señalen, por miedo a perder tal o cual posición... ¿Quién no ha seguido alguna vez el consejo?: Tú no te metas; siempre ha habido ricos y pobres, no seas ingenuo que no vas a poder arreglar nada...

Este hombre con todas sus injusticias a costas, con todas sus maldades, con toda su historia de pecado, traiciones y tropelías se va a encontrar esa tarde con Jesús.

Ha escuchado hablar del profeta galileo; todo el mundo habla de Él; dicen que cura a muchos; que van con Él otros galileos, incluso en su grupo hay algún antiguo publicano como él y... mujeres... Que entra a comer en casa de publicanos y pecadores públicos...Que las

autoridades religiosas lo tienen enfilado: que si no guarda el sábado, que si come con impuros y prostitutas, que si no ayuna...

Zaqueo tiene curiosidad por conocerle. A lo mejor lo que más le atraía era que muchos como él lo seguían y además entraba con ellos en sus casas a comer.

Se sube a una higuera. Y Jesús lo mira.

Siempre me ha llamado la atención la cantidad de veces que en el evangelio aparece esta expresión: "Jesús lo miró". Miró a Pedro cuando lo llamó. Miró a Felipe cuando estaba bajo la higuera; miró a Mateo cuando lo llamó estando sentado en el mostrador de los impuestos. Miró a la pecadora que le lavó los pies. Miró a la adúltera que le trajeron para apedrearla. Miró al joven rico que quería seguirle. Mirará a Pedro cuando se cruce con él en el patio de Pilatos tras la traición del discípulo.

11

Tus miradas, Señor: Miradas que no juzgan, que no condenan, miradas de cariño, miradas que liberan, que sanan, que transmiten compasión. Miradas que no se fijan en lo exterior de la persona, sino que miran en su interior.

Tu mirada, Señor, solo fue dura y de ira ante los que se consideraban justos, ante los que se situaban por encima de los demás, los que antepusieron sus prejuicios religiosos al mensaje de la misericordia y el amor.

Señor de la Caridad transforma Tú nuestra mirada. Enséñanos a mirar a los demás como Tú los ves, que nuestra mirada sea limpia, sin prejuicios, que miremos con cariño, con compasión, que miremos como Tú mirabas.

Jesús lo mira y le habla. Primera sorpresa "le habla". A él, el indigno colaborador del poder romano, al que ningún judío le habla, Jesús sí se atreve a hablarle. Siente Zaqueo desde aquel preciso momento que este Hombre es diferente, que ha tenido el valor de pararse, mirarlo y hablarle a él, el personaje más despreciable y odiado de Jericó.

"Baja, que hoy quiero hospedarme en tu casa".

Jesús en primer lugar le dice que baje. Zaqueo se ha querido situar por encima, en un lugar de privilegio, no a ras de suelo, no en el camino donde transita Jesús; por eso le dice: anda baja. Si queremos encontrarnos con Jesús hemos de situarnos abajo, no subidos en pedestales o taburetes que nos hagan destacar sobre los demás. Una vez escuche a alguien decir que nuestra vida es un permanente afán por construir uno tras otro, cada vez más grande el taburete en que nos subimos para estar por encima de los demás, para sobresalir. Jesús nos invita a lo contrario: a bajarnos de nuestros pedestales, a dejar de lado lo que nos sitúa por encima de los demás, a ponernos al nivel de la gente sencilla. San Pablo nos dirá en la carta a los Filipenses que el mismo Jesús siendo Dios se despojó de su rango y "tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos".

Luego, la invitación a hospedarse en su casa. Zaqueo comprueba que es verdad lo que cuentan de aquel hombre; que no hace acepción de personas, que no se fija en quien eres, sino que trata a todos por igual y que se mete en casa de los pecadores y come con ellos: Lo que nadie nunca le había dicho en su vida, se lo está diciendo Jesús: "quiero hospedarme en tu casa".

Aquel hombre recibe aquella tarde esa palabra que seguro hemos recibido alguna vez en nuestra vida: la invitación de Jesús a entrar en nuestra casa, a entrar en nuestra vida, en nuestra historia personal. A que le abramos nuestras puertas, para entrar y quedarse. La iniciativa es siempre de Dios; nos somos nosotros los que invitamos al Señor, es El quien se cuela en nuestra vida porque quiere, porque nos ama. No tenemos que ganarnos su favor con lisonjas. El va a venir cuando quiera. Seguro que cuando más lo necesites. Cuando en tu vida sea más necesaria la presencia del Señor, o a lo mejor cuando menos te lo esperes, cuando pienses que no es necesaria su presencia porque lo tienes todo, poder, dinero, prestigio...Y has construido tu vida a espaldas del Señor y no le has dejado hueco. Entonces tal vez El te dirá lo mismo que a Zaqueo: "Quiero hospedarme en tu casa". Es probable que en ese momento en tu casa haya desorden, que no esté todo lo bien que debería estar, que la hayas dejado descuidada y no has previsto su visita, ni le has preparado nada .No importa. Este es un invitado que no exige nada: solo que le abras la puerta.

La entrada de Jesús en la casa de Zaqueo cambió la vida de aquel hombre. "La mitad de mis bienes, Señor se la doy a los pobres; y si de alguno me he aprovechado, le restituiré cuatro veces más". ¡Y se había aprovechado de tantos...!

La entrada del Señor en nuestra vida la transforma profundamente. Ningún hombre o mujer que se encontró con Jesús en los años de su vida mortal, ninguno de nosotros si nuestro encuentro con El es sincero podemos seguir haciendo lo mismo que hacíamos antes de dejar que el Señor entre en nuestra casa. Nada es igual, todo cambia. Como cambió la vida de Zaqueo.

Si nuestros actos de culto, si nuestra oración, si nuestra fe no nos cambia la vida... podremos ser muy cumplidores, incluso piadosos, pero ¿nos hemos encontrado realmente con Jesús? ¿De quién somos seguidores: del Dios Vivo o de una idea, de una tradición, de unas prácticas?

Cada uno de nosotros sabe qué es aquello que necesita ser transformado por el Señor: Puede ser tal vez nuestro afán de tener y nuestra avaricia; o tal vez nuestra ansia de poder y dominar a los demás; o quizá el deseo de situarnos por encima de los otros; o quizá nuestra indiferencia al sufrimiento ajeno, o...

Zaqueo dejó que Jesús introdujera en su vida verdad, justicia y compasión. A partir de ese día se sintió otro. Alguien había mostrado con él compasión y cariño; lo había tratado no como lo que era un pecador, sino como un hijo de Dios y ese amor lo transformó. Le hizo darse cuenta del mal que había en su vida, de la injusticia en que vivía y le hizo cambiar. Solo el amor sana, solo la caridad transforma. Las cosas no cambiarán porque repitamos una y otra vez lo mal que está todo, sino porque seamos capaces de tratar a los demás con misericordia y amor.

Pero los de siempre murmuraban: "Ha entrado en casa de un pecador". Jesús les hará saber una vez más que ese hombre también era hijo de Abraham, que tenía su dignidad y que El ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido.

Jesús le dio una oportunidad a Zaqueo para cambiar. El siempre nos espera. Nunca es demasiado tarde para dejar que el Señor nos cambie. Y cuanto peor sintamos que estamos, más debemos acudir a El. Recuerda: El vino a salvar lo que se considera perdido. Normalmente hacemos lo contrario: cuanto más desorden hay en nuestra vida, más nos alejamos del Señor y es justo en esos momentos cuando El más desea hacerse presente.

Y no seamos tan duros de juicio como aquellos que criticaban a Jesús porque se juntaba con pecadores. Nadie tiene derecho a convertirse en guardián celoso de la infinita misericordia de Dios. No convirtamos la iglesia en la cobradora inflexible del peaje a pagar para alcanzar la gracia y el perdón. Dios da generosamente su perdón y su amor a todo el que se acerca a El con humildad. Zaqueo tuvo su oportunidad. Todo hombre o mujer aún el que consideremos el más abyecto pecador tiene un hueco en el corazón amoroso de Jesús.

SEÑOR DE LA CARIDAD, TÚ QUE PISASTE NUESTRAS SENDAS,
QUE TE MANCHASTE DEL POLVO Y EL SUDOR DE LOS CAMINOS,
QUE TE SENTABAS A COMER CON LOS POBRES Y LOS PECADORES,
QUE MIRASTE A ZAQUEO Y LO TRATASTE COMO A UN SER
HUMANO, ENSÉÑANOS A CAMINAR POR LA VIDA CON HUMIDAD,
ENSÉÑANOS A NO CONSIDERARNOS SUPERIORES A LOS DEMÁS.

NOS GUSTARÍA ESTA TARDE INVITARTE A NUESTRA CASA, A
NUESTRA VIDA. QUEREMOS ABRIRTE NUESTRAS PUERTAS PARA
QUE ENTRES, ABRIRTE LAS PUERTAS DE NUESTRO CORAZÓN PARA
QUE TE QUEDES CON NOSOTROS.

SEÑOR DE LA CARIDAD, SOLO SI TU TE HACES PRESENTE EN
NUESTRA VIDA, PODREMOS VIVIR LA CARIDAD, LA GENEROSIDAD,
LA ENTREGA.

SOLO SI TU VIVES EN NOSOTROS SEREMOS CAPACES DE NO
JUZGAR, DE ACOGER AL OTRO, DE VERLO CON LOS MISMO OJOS
QUE TU LO VES, SEREMOS CAPACES DE SENTIRNOS HERMANOS
UNOS DE OTROS.

COMO ZAQUEO AQUELLA TARDE EN JERICÓ, QUEREMOS OÍR EN
LO PROFUNDO DE NUESTRO CORAZÓN TU PALABRA LIBERADORA:

“ANDA BAJA, QUE ME GUSTARÍA HOSPEDARME EN TU CASA”

“TODO ESTA CUMPLIDO”

Me gustaría en este tercer instante que dirigiéramos nuestra mirada y nuestro corazón al momento de la muerte de Jesús. Nos situáramos en esa pequeña colina del Gólgota fuera de las murallas de la ciudad; el lugar donde morían los ajusticiados, el lugar de la muerte de Jesús.

17

El relato del Evangelio de Juan sitúa en la escena precisamente a las personas que en el momento del traslado al sepulcro del cuerpo del Señor van a aparecer en el paso de misterio de esta querida Hermandad. Están la Madre del Señor y el discípulo amado, Juan, está Magdalena, María de Cleofás y María Salomé, y otro grupo de mujeres de las que habitualmente acompañaban al Señor, entre las que, aunque no la cita expresamente el relato evangélico, estaría su amiga Marta. Inmediatamente aparecen también José de Arimatea y Nicodemo que van a hacerse cargo del cuerpo del Señor.

¡Cuántas veces se ha representado esta escena! ¡Cuántas veces no habremos meditado y contemplado la misma! Aparentemente una muerte más: un condenado de los muchos de la historia, que muere

extramuros de la ciudad, casi en soledad, rodeado de un reducido grupo de personas.

¡Qué gran misterio! El Hombre más grande de la historia, Aquel que, generación tras generación, muchos reconocerán como Hijo de Dios y Salvador, muere ajusticiado, casi solo e ignorado por todos. Incluso las autoridades de su pueblo pensaron que con su muerte daban culto a Dios. Su muerte no fue dada a conocer por nadie; nadie escribió loas en su honor, nadie organizó sus funerales a los que asistirían los poderosos de la tierra. Silencio, soledad, abandono...

Rodeado de unos pocos. Más bien de unas pocas, porque ya no están sus discípulos, salvo uno; no están las multitudes que en los comienzos le seguían entusiasmadas, no están ni los ciegos que hizo ver, ni los leprosos que limpió, ni los pecadores con los que comió y a los que siempre defendió ante la intransigencia de los biempensantes.

Unas pocas mujeres fueron los testigos de su muerte. La mujer que precisamente no podía ser testigo en juicio, porque era un ser inferior, Dios la convierte en testigo de su muerte y lo que es todavía más sorprendente en las primeras testigos de su resurrección. Serán también algunas de esas mismas mujeres las primeras que vean el sepulcro vacío y corran a decirle a Pedro y a los demás que el crucificado está vivo.

¡Las sorpresas de Dios! ¡Las paradojas de Dios! Dios no se deja encerrar en nuestros prejuicios, en nuestras costumbres, en nuestros usos culturales, en "lo correcto". El es más grande que todo eso, es totalmente libre, no mira ni actúa como nosotros miramos y

actuamos, porque solo El conoce lo profundo del ser humano, su corazón, sea hombre o mujer.

Mujeres que no abandonan. Esta tarde, Cristo de la Caridad, quiero traer ante Ti a tantas mujeres que a lo largo de la historia nunca abandonaron; lucharon por la vida hasta el final; se entregaron a los demás hasta el final; sufrieron y sufren la discriminación; se vieron obligadas a abandonar a lo mejor su casa, su tierra y sus hijos para buscarles un futuro mejor. Mujeres que pisan nuestras calles, viven en nuestros barrios, a lo mejor trabajan en nuestras casas. Mujeres que se entregan hasta el final. Mujeres que aquel día estaban al pie de la Cruz y que viven hoy también a los pies de tantos crucificados.

Y entre aquellas mujeres, la Madre del condenado, María de Nazaret. Si aquellas mujeres representan la entrega y la fidelidad, Ella lo representa de una manera absolutamente radical. María es aquella tarde en la colina del Gólgota expresión perfecta de la coherencia de una vida y la fidelidad a una vocación. Ella está allí, sin abandonar, asistiendo con dolor a la muerte injusta de su Hijo, porque un día se atrevió a decir "sí" a una llamada de Dios; porque una mañana en su pueblo de Nazaret siendo casi una jovencita, sin tener todas las claves, sin saber medir muy bien las consecuencias de todo ello, se dejó ganar por Dios, se fió de El, asumió con radicalidad una misión.

Y a esa misión se ha mantenido fiel toda su vida y ahora se mantiene fiel esta tarde horrible, en la que su corazón sufre un profundo desgarró, porque nada supera el dolor de una madre ante el sufrimiento y la muerte de un hijo y ella en ese momento siente que el fruto de su entraña, lo que más quiere, muere en una cruz como un malhechor.

¡Cómo recuerda en este momento en que su dolor es tan intenso que parece que se le desgarran el corazón, a aquel anciano, Simeón, que hace muchos años en el templo de Jerusalén le dijo lo que entonces no supo comprender; “Este ha sido puesto para que muchos en Israel se caigan y se levanten y será un signo de contradicción... Y a ti mujer una espada te traspasará el alma”

María, Madre del Señor y Madre nuestra...
Virgen fiel,
Mujer fuerte como torre de David,
Madre de los que nunca abandonan,
Madre de los que se entregan hasta el final.

El evangelista Juan narra con toda sencillez la muerte del Señor. Tras haber bebido el vinagre que con una esponja le acercaron a la boca, dijo: “TODO ESTÁ CUMPLIDO”, e inclinando la cabeza entregó el espíritu.

Jesús que ha muerto en la cruz y que acaba de ser descendido de la misma, se nos ofrece aquí está tarde en la bendita imagen del Cristo de la Caridad en medio de nosotros para que lo miremos, para que como dice la Escritura “miremos al que han traspasado”.

Y en esta imagen de Cristo que acaba de morir en la cruz, en tu imagen que contemplamos, Cristo de la Caridad, vemos no un ser poderoso y triunfante, tranquilo y feliz, impasible y ajeno al sufrimiento de los hombres. Tampoco vemos el dios controlador que trata de someternos. Ni el Dios justiciero, resentido y vengativo que todavía sigue turbando la conciencia de no pocos creyentes.

Vemos un Dios callado, impotente, humillado... que sufre con nosotros el dolor, la oscuridad y hasta la misma muerte. Con la cruz, con la muerte del Señor o termina nuestra fe en Dios o nos abrimos a un Dios encarnado en nuestra historia de dolor y que nos ama de manera increíble. Ante Dios muerto delante de nosotros empezamos a intuir que Dios, en su último misterio, es alguien que sufre con nosotros. Nuestra miseria le afecta, nuestro dolor le salpica, nuestra vida le apasiona.

Al contemplarte, Cristo de la Caridad, de mi corazón sale una oración confiada y agradecida ¿De qué nos servirías si no conocieras el sufrimiento humano? ¿Quién nos podría entender? ¿En quién podrían confiar los olvidados y abandonados del mundo? ¿Dónde podrían poner su esperanza tantas mujeres humilladas y violentadas sin defensa alguna? ¿Quién podría sostener a los enfermos y moribundos? ¿Quién podría ofrecer consuelo a las víctimas de las guerras, el terrorismo, el hambre y la miseria?

Mirar y contemplar a este Dios crucificado y muerto por nosotros nos aleja de una fe frívola y egoísta en un Dios al servicio de nuestros caprichos, comodidades y ambiciones. Mirar a este Dios muerto en cruz nos impide caer en una religión de carácter estético y tranquilizador, un refugio que salva de cierto vacío existencial, pero que no intranquiliza a nadie, que ha perdido la tensión y no nos llama a ninguna responsabilidad, sino que nos descarga de ella.

Tu Señor, Cristo de la Caridad, nos pones mirando hacia el sufrimiento y el abandono de tantos hombres y mujeres que sufren la injusticia, nos pones mirando a las víctimas de la historia. Al mirarte deberíamos recordar casi instintivamente a tantos hombres y

mujeres desconocidos que han sufrido, sufren y sufrirán olvidados de casi todos. Sería una burla mirarte esta tarde Señor y después venir a besar tu pie, mientras vivimos indiferentes a todo sufrimiento que no sea el nuestro.

“Todo está cumplido” fueron Señor tus últimas palabras antes de morir. Efectivamente, todo lo has cumplido, todo lo has llevado hasta el final. Contemplarte así Señor muerto en medio de nosotros nos hace ver con los ojos del corazón que el sentido profundo de nuestra vida es entregar la misma, darla, no retenerla de manera egoísta. Tú nos lo dijiste una vez con esas paradojas que tanto te gustaban: el que quiera salvar su vida, la va a perder; pero en cambio el que la pierda, el que la entregue, el que haga de su vida una donación por amor, ese la va a encontrar definitivamente.

22

Contemplarte, Señor, Cristo de la Caridad, nos hace comprender que solo el Amor salva. Que no son las palabras, ni los discursos, ni las ideas, tampoco nuestros maravillosos planes, sino solo el amor que busca generosamente al otro, que busca su bien y su felicidad, solo el amor que se pone en las obras y no en las palabras... Solo el amor que se encarna en el trabajo perseverante por la justicia, solo el amor que huye de idealizaciones y sentimentalismos vacíos y asume la vida hasta el final, también con sus contradicciones y fracasos. Solo ese Amor es el motor de la historia. Solo tu Amor salva el mundo.

Y ese Amor derramado tan generosamente en la vida de los que aquí estamos, en nuestra historia, en la vida de los que nos rodean, en tantos bienes recibidos, es lo que nos salva y libera. Tu amor,

Señor, nos hace libres y nos dignifica y nos capacita para amar a los otros.

Lleno nuestro corazón de tu amor, al contemplarte esta tarde cercano, a nuestra misma altura, roto y entregado por nosotros, se nos llena el corazón de agradecimiento y deseamos ponernos a tus pies y con todo el amor que Tú siembras en nuestro corazón, ofrecerte nuestra vida.

Y quiero hacerlo con unas palabras prestadas. Son de aquella oración que San Ignacio pone al final de los Ejercicios Espirituales y que tan bellamente tituló como "Contemplación para alcanzar amor", queriendo expresar la respuesta generosa a tanto bien recibido.

23

Esta tarde, ante Ti, Santísimo Cristo de la Caridad una vez más me atrevo con temblor a pronunciar:

TOMAD SEÑOR Y RECIBID
TODA MI LIBERTAD, MI MEMORIA, MI ENTENDIMIENTO,
Y TODA MI VOLUNTAD
TODO MI HABER Y MI POSEER
VOS ME LO DISTEIS, A VOS, SEÑOR LO TORNO,
TODO ES VUESTRO, DISPONED A TODA VUESTRA VOLUNTAD,
DADME VUESTRO AMOR Y GRACIA QUE ESTA ME BASTA.

AMEN